

PENDÁS, Benigno. *Democracias inquietas. Una defensa activa de la España constitucional*. Ediciones Nobel. 2015

JORGE VILLARINO MARZO(*)

Benigno Pendás ha escrito esta obra desde una atalaya privilegiada: la Dirección del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Pero además lo hace con el bagaje que suponen los muchos años que ha dedicado y dedica a la enseñanza de la Historia de las Ideas. La solidez intelectual del autor ha tenido ya reflejo en obras anteriores, y su defensa de la España constitucional ha sido transmitida en numerosas ocasiones a través de conferencias y de algunas de sus más memorables Terceras en el diario ABC. En esta ocasión ha conjugado ambas vertientes —pilares intelectuales y análisis reales— lo que convierte a esta obra en particularmente interesante para un lector mínimamente ilustrado y con inquietud por los retos y los problemas que aquejan a nuestra democracia.

Efectivamente, la presente obra tiene la enorme virtud de utilizar la Historia de las Ideas políticas para explicar los problemas y retos que existen en la actualidad. Y en realidad esta idea es la que subyace en el primero de los capítulos. Pendás llama a la responsabilidad de los intelectuales y académicos, y recuerda su imprescindible papel en la sociedad. Es curioso dedicarse un capítulo a uno mismo, en cuanto que miembro del citado gremio. Intelectuales que afrontan nuevos retos. Referencias a las nuevas formas de actuar, con las tecnologías y el *advocacy* presentes. Guiños a su querido Bentham. El intelectual ha de adaptarse y olvidar tiempos pasados, y además hacerlo con entusiasmo, siendo consciente de este nuevo mundo que hay que explorar, muchas veces sin un destino claro. Pero es un mundo en el que el intelectual sigue teniendo un papel y ha de ser posibilista,

(*) Letrado de las Cortes Generales (en exc.).

humilde y asumirlo con responsabilidad. Siguen las referencias a las tecnologías, que conforman una masa diferente, en comportamiento y en ser. Ahora continuas referencias a Hegel, culminación del idealismo alemán. Lo mejor, las cualidades que acompañan al buen intelectual: austeridad, conciencia de las limitaciones, obra bien hecha, pulcritud, saber honrado, esmero...nobles cualidades sin duda. Respeto y tolerancia las culminan. Modestia y sentido común las acompañan.

El segundo capítulo lo dedica el autor a la figura del político. Pendás lo hace comenzando con una breve pero clarificadora descripción de la sociedad española, que ha dado muestras de una madurez quizá mayor de la que nosotros mismos pensamos; y que sin embargo sigue pecando de desconfianza, probablemente junto con la envidia, añadimos, uno de los grandes pecados de nuestra sociedad. En un país marcado por la personalización de las instituciones, Benigno Pendás llama a la necesidad de un diseño apropiado de estas. Esos guiños a la realidad, este tratar los problemas que hoy nos aquejan, lo hace de nuevo con el apoyo de los clásicos y los menos clásicos, demostrando la validez de las Ideas para hacer frente a los problemas actuales. Y utiliza, en el sentido más noble de la palabra, la Historia y a sus protagonistas, para recordarnos los peligros del populismo. También trata la superación de los conceptos de espacio y tiempo que lógicamente nos resta seguridad a todos, con su expresión más execrable en la actividad terrorista que, también, ha cambiado. Y entra a tratar uno de sus temas predilectos: la batalla por las ideas. Hace un repaso de los supuestos referentes intelectuales de la izquierda, que van desde las soluciones tradicionales hasta nuevas formas de ácida crítica al adversario intelectual. Pero subraya una crítica igualmente a la derecha, en cuanto que término comprensivo de liberales y conservadores, y que también ha perdido sus referencias más clásicas impregnadas de altas dosis de realismo, además de destacar que, lamentablemente, ha abandonado la batalla por las ideas en muchos campos del saber. Analiza al político, categoría que sin embargo es difícil de generalizar; y lo hace sin olvidar a los grandes protagonistas: los partidos políticos, respecto de los cuales Pendás recuerda que no son sino una necesidad real de canalizar la competencia política.

El tercero de sus capítulos lo sitúa en la institución central en cualquier Estado basado en un sistema parlamentario. Esa genialidad que permite la adopción de decisiones por unos pocos en nombre de todos y que, merced a la ficción del derecho de representación, se convierte en decisión de todos. De nuevo el pragmatismo del autor que impregna toda esta obra se trasluce en este capítulo dedicado a una institución que, fruto de su condición profesional, ganando la oposición de Letrado de las Cortes hace ya muchos años, conoce muy bien. Apela al justo equilibrio, a la necesidad de observar la institución como lo que es, frente a viejos idealismos que se derivan de los textos constitucionales, pero sin llegar al menosprecio que desgraciadamente algunos intentan subrayar. Ese equilibrio lo refleja con un verbo: completar. La institución parlamentaria como forma institucional de expresión de la democracia puede y debe ser completada con nuevos cauces de participación, pero nunca sustituida. Y esos cauces de participación han de canalizarse en su justa medida y por vías institucionales. El autor lo resume en una sabia expresión: hay que mantener una *confianza sensata* en el Parlamento, asentado en el pilar que le da la legitimidad y su progresiva adaptación darwiniana. Explica los problemas de la institución, a la par que defiende y se posiciona de manera optimista en cuanto a su valor. Y todo ello lo hace con una profunda solidez intelectual, apoyado en una más que notable literatura científica y sin embargo con ejemplos sencillos que aligeran la lectura y llaman al lector no especializado. Su optimismo respecto al papel de la institución parlamentaria va acompañado de sugerencias, que no por sencillas en cuanto a su adopción tienen menos valor en cuanto a su potencial efectividad; incluyendo algunas que hasta hace no pocos años eran claros tabúes, caso de la regulación, o más bien de la plasmación normativa de los lobbies o grupos de interés, a los que dedica unas páginas cargadas de razón y sentido común.

Siguiendo con los protagonistas, el autor dedica el siguiente capítulo a los jueces, y lo hace con un llamativo título: “Jueces presionados”. Lo acompaña además de unas lúcidas líneas sobre el fenómeno de la corrupción y las virtudes de la transparencia, y también trata aspectos procesales que hoy día están sometidos a una particular crítica social, caso del aforamiento. Al margen de ejemplos históricos e importantes consideraciones respecto a algunos de los problemas que aquejan a

la justicia, Pendás se centra particularmente en el fenómeno o crítica referida a la politización, subrayando, eso sí, que es una práctica que aqueja a un reducido número de jueces. Lo analiza, una vez más, con un adecuado equilibrio, huyendo de maximalismos y frases fáciles, y recurriendo, de manera adecuada y no utilitarista, a sólidos ejemplos comparados, como el del caso americano, que matiza por la lógica diferencia de ambos sistemas. Analiza el caso español apelando al necesario sentido institucional reforzado con normas sencillas que busquen dos objetivos: seleccionar de manera rigurosa y evitar las intromisiones ilegítimas. Hace una seria reflexión de filosofía del Derecho, enmarcada en unas bonitas líneas en las que, sin llegar al tradicional triángulo definitorio del Derecho, llama a los necesarios límites a la interpretación de la norma que en ocasiones ha ido más allá y ha puesto en duda valores necesarios e íntimamente conectados como la seguridad y la certeza. En fin, apela —algo que el autor ya ha hecho en ocasiones anteriores— a la necesaria calidad de las leyes.

El último capítulo de la primera parte cuenta de nuevo con un título llamativo: “medios asfixiados”. Parte de una seria defensa del papel de los medios y lo esencial que resulta la libertad de información, remontándose para ello a los mejores textos de uno de los padres fundadores y sin duda más polivalentes: Thomas Jefferson. No pierde sin embargo de vista el “nuevo” fenómeno que ha supuesto Internet y que ha multiplicado exponencialmente la difusión de las ideas, opiniones y noticias. Hace aquí un paréntesis en el tratamiento de los medios y afronta las líneas de la era digital recurriendo, al igual que en el resto de la obra, a los autores de referencia, y buscando, ¡una vez más!, huir de extremismos y frases hechas para terminar en el sentido común y en un sano equilibrio. Virtudes y defectos, pros y contras, son reflejados por Pendás de manera clarificadora, adentrándose incluso, aunque de manera escueta, en espinosos y debatibles temas como el del derecho al olvido. Y cómo no, el impacto que tiene esta era digital en nuestra vida democrática. Se atreve incluso a hacer una reflexión sobre la necesaria adaptación y la línea a seguir por los considerados como medios tradicionales, pero completándolo con un sagaz análisis de los nuevos. Interesantes reflexiones sobre “lo digital” empapan este capítulo.

El autor rompe —al menos formalmente— la estructura de la obra, con lo que él mismo denomina un *excursus*. Y lo hace partiendo de una figura contradictoria a la par que sobradamente conocida, aunque solamente por una de sus vertientes, cual es la de Maquiavelo. ¿Por qué y para qué lo hace? Pues en primer lugar para regalarnos unas sólidas líneas sobre el Estado como forma de organización política, en la que probablemente es la época histórica de mayor belleza por muchos motivos; pero sobre todo para deleitar al lector con una genial explicación de las contradicciones maquiavélicas. En fin, lo que el propio autor subraya: de la verdad de *Il Principe* a lo que el florentino sentía en los *Discorsi*. Sin desmerecer ni mucho menos otras partes de la obra, esta licencia de un sencillo homenaje literario de apenas catorce páginas que el autor dedica a Maquiavelo merecería por sí misma todos los elogios; y su llamada a leerle, con un borrado previo de los estereotipos, una sana sugerencia.

En la segunda parte de su libro, Benigno Pendás pasa de los protagonistas, a lo que él denomina antagonistas. Comienza con una reflexión sobre Estados e Imperios. En este primer capítulo se centra en el papel del Estado y su inadecuado calificativo para algunos de los hoy existentes. También analiza los actuales imperios, comenzando por los Estados Unidos, de los que trata tanto su política interna —contradicciones incluidas— como su actual proyección exterior, apuntando con sinceridad algunos de los fracasos más notables. A Estados Unidos vuelve el autor —metafórica y realmente— al final del capítulo, poniendo de manifiesto cómo las citadas contradicciones históricas son un resultado de la retórica de un candidato y la crudeza de la realidad. Lógicamente gira hacia el continente asiático, gran protagonista de los últimos años, centrando sus comentarios en China y dejando las preguntas adecuadas para que el lector reflexione. No olvida a Rusia, que ahí sigue, con la tensión derivada de los vaivenes económicos y los pasados que se manifiestan presentes en muchos aspectos y en algunos antiguos territorios, mezclado con el nacionalismo intransigente —en palabras del autor— de su más firme líder. Y en fin, no deja de hacer una reflexión sobre la Unión Europea, “ente” de naturaleza distinta a los anteriores. Apela, ¡una vez más!, a la búsqueda de la Virtud, en el punto medio entre el euroescepticismo adornado de patriotismos exacerbados y los federalistas infatigables.

Termina con escuetas menciones a otros protagonistas de la historia, sean continentes o comunidades, como el africano o la iberoamericana; grupos más o menos reconocidos, caso de los BRIC; y otros países lejanos (Japón); y contradictorios (India).

Los segundos antagonistas que enfrenta el autor son las ciudades y los pueblos. A través de la vida urbana y de algunas de las megalópolis más significativas, Pendás hace un análisis que trasciende lo político, para adentrarse en lo económico y lo social. Y es que no se pueden separar. Boom económico, demandas sociales e incapacidad de respuesta política son un cóctel explosivo que se manifiesta en muchos rincones del orbe. Las ciudades, protagonistas de este capítulo del libro, acogen a su vez las más notables contradicciones. De nuevo el tema central lo utiliza el autor para adentrarse en cuestiones que para otros exigirían profundos análisis. Turquía, Brasil, Egipto... países de hondo simbolismo y papel estratégico que son tratados inteligentemente por el autor cuando reflexiona sobre Estambul, Sao Paulo o El Cairo. Por cierto, con las clases medias —más o menos numerosas— como protagonistas. A ellas volverá más tarde. En ninguno de los casos citados, subraya el autor, comparables a las protestas articuladas en las democracias occidentales. De nuevo las clases medias, y es que estas son, recuerda Pendás, el gran secreto de Occidente. Y llega entonces el antagonista: el pueblo. Benigno Pendás lo trata en términos geográficos y sociológicos. Se sirve de ellos para la vuelta al terreno que le resulta más cómodo: el del análisis político desde el poso intelectual y el conocimiento de la realidad diaria. Democracia y sus diversos calificativos, en la mayoría de las ocasiones utilizados para disfrazar y vaciar el concepto más noble de las formas de gobierno. Ejemplos nos da el autor, y muchos de ellos vienen con antelación a la cabeza del lector. No huye el autor, más bien afronta, algunos de los temas más espinosos del globo. ¡Cómo se agradece la combinación de sencillez y rigor en el análisis! La reflexión sobre la democracia la deja el autor para el final del libro...

El título más sugerente de todo el libro se ve en el siguiente capítulo.: *Clases medias contra todos*. Comienza con Aristóteles. ¡Cómo no! Realismo y pragmatismo dominan las líneas de este capítulo. De nuevo, a riesgo de ser reiterativo, análisis de la realidad con el soporte de la mejor doctrina intelectual. Es curioso ver, a lo largo de todo el

libro, cómo las obras de muchos a lo largo de la Historia sirven para analizar la realidad actual. Analiza el concepto de clase media y cómo se ha ido desplazando, amparando a unos y excluyendo a otros. Parte de dicho concepto para criticar el populismo, el uso de la demagogia y lo peligroso de llevar las instituciones al extremo. De nuevo aparece el sentido institucional del autor, tan necesario en estos tiempos y tan propio de la democracia constitucional. Son precisamente quienes creen firmemente en esta, quienes se encuentran inquietos. Nos muestra en pocas páginas la respuesta intelectual desde izquierda y derecha, con permiso, añadimos, de quienes llevan años vaticinando la muerte de las ideologías. Son muchas ya las reflexiones que el autor a lo largo de los últimos años ha hecho sobre la batalla de las ideas. Un posicionamiento liberal en el plano intelectual y el sentido común en el mundo real, son la combinación más acertada y la que debería acompañar a la clase media. Es un capítulo en el que describe majestuosamente, una forma de pensar y sobre todo unas rutinas, en el sentido más noble de la palabra, que acompañan a muchas personas en la sociedad en la que vivimos. No me resisto a una transcripción casi literal: conjugar la profesión con la familia, el ejercicio de derechos y el cumplimiento de los deberes del buen ciudadano. Hueco del autor también en este capítulo para los problemas reales, ni mucho menos se queda en el platónico mundo de las Ideas: corrupción, imputación, nacionalismo... conceptos todos ellos que, desgraciadamente, inundan nuestro día a día.

Y a vueltas con las ideas, en el sentido más intelectual de la palabra, estas se presentan como antagonistas de las ocurrencias en el siguiente capítulo de este libro. Las propuestas, dice el autor al comienzo de estas líneas, son merecedoras de debate y consideración. Nada distinto se podía esperar con lo que ya hasta aquí se ha contado. Y ahí se adentra, comenzando por un tema nada sencillo: nuestro debate territorial. Se muestra partidario de mantener y mejorar el Estado de las Autonomías (yo prefiero el término Estado Autonómico para evitar cualquier matiz patrimonialista): aclarar la distribución competencial, evitar duplicidades y huir de lo emocional. Lástima, cabe añadir, que algunos caerían en el vacío absoluto si se les arrebatara el sentimiento, por cuanto lamentablemente hace mucho tiempo que abandonaron lo racional. Otra cuestión, el sistema electoral, o más bien la fórmula, elemento este constitutivo de aquel. Llama de nuevo la atención

sobre frases hechas, a veces no contrastadas científicamente, y la contradicción de algunas propuestas que gozan de popularidad. Eso sí, para el autor merecen consideración, sin olvidar la virtud de la estabilidad gubernamental que nos ha acompañado durante ya más de tres décadas. La corrupción aparece de nuevo en estas páginas, pero desde su vertiente positiva: transparencia, estatutos de altos cargos, incompatibilidades, participación en el procedimiento parlamentario, regulación de los lobbies (el registro parlamentario como buen comienzo), financiación de partidos, clásicas reformas penales y procesales...medidas todas ellas destinadas a castigar al corrupto y, con igual grado de importancia, a evitar que aparezca la mujer del César...A todas ellas dedica inteligentes líneas el autor, en las que destaca un hilo conductor: cuidado con las soluciones mágicas. No existen.

La democracia contra sí misma, reza el último de sus capítulos. Y es un capítulo precisamente destinado a la democracia, así, como tal. Huyendo de adjetivos o calificativos que, reiteramos, desvirtúan algunas características propias del sustantivo: participativa, deliberativa e inclusiva merecen el análisis del autor. Solo la liberal representativa se salva, con sus defectos, que los tiene, y con sus virtudes, que son muchas. ¡Qué difícil es el mundo conceptual y el terreno de las definiciones! Es en este punto donde muestra sus críticas a uno de los conceptos más utilizados en los últimos años: el multiculturalismo. Palabras muy serias en este tema, accesibles a cualquier lector y huyendo de lo políticamente correcto. Son muchos quienes deberían leer estas líneas sosegadamente. Al final todo se resume, como dice el propio autor, en que la civilización occidental ha creado la sociedad menos injusta. Y la democracia resiste holgadamente comparación con cualquier otra forma política.

En fin, el Epílogo es un reflejo de todo lo dicho pero proyectado al caso concreto de España. Los problemas existen, claro que sí, pero el autor subraya el proceso de madurez de la sociedad española y de algunas de sus instituciones (comenzando por la Monarquía), la estabilidad política de la que hemos disfrutado esto últimos años, la realidad de que nos hemos dado un marco muy razonable de convivencia, la necesidad de que las urnas pongan de manifiesto la verdad de las nuevas corrientes, la necesidad también de reformas

bien orientadas, el recuerdo —vilipendiado ahora por alguno— de la Transición, la proyección y presencia internacional de España y, también, la obligación de abandonar el pesimismo y la desmoralización. Quienes tenemos la suerte de haber escuchado en tantas ocasiones al autor, entendemos muy bien los últimos párrafos de esta obra dedicados a la Educación (de nuevo mayúscula obligada, aun a riesgo de ser reprendido por los sabios de la ortografía): educación en valores, búsqueda de las virtudes, susceptibles de ser enseñadas y sobre todo mostradas a través del ejemplo.

Prudencia, sentido común, moderación, equilibrio, decoro, diálogo sobre lo posible, aplomo, convicción de lo esencial, instituciones eficientes... y Democracia (la mayúscula es obligada de nuevo), palabras todas ellas que inundan esta obra. En un estilo muy propio de Benigno Pendás. Se nota su pasión por los clásicos, que merecen muchas de sus líneas, pero no deja de aportar al lector nuevas reflexiones intelectuales, dignas todas ellas de ser debatidas, como buen liberal. No es un libro centrado en la Historia de las Ideas. Es un libro que analiza los problemas reales y cotidianos. Los retos a los que hoy día se enfrenta la sociedad. Es una obra que al lector le hace pensar.

En una época marcada por un pensamiento débil, fruto en gran medida de la velocidad a la que vivimos y de tópicos en muchos falsos creadores de opinión; una lectura sosegada de esta obra, no solo servirá para un repaso —necesario para muchos— de algunos de los más ilustres pensadores de la Historia de la Humanidad; sino sobre todo para hacernos pensar y reflexionar. Qué más se puede pedir a un libro... Que haya recibido el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos no puede sorprender a quienes ya hemos tenido la suerte de leerlo.